

PERÚ : CRISIS SOCIAL Y MOVIMIENTO POPULAR UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Dr. Luis Castro-Kikuchi
EDUCAP-Revista Docencia

Durante los últimos diez años del pasado siglo, la sociedad peruana experimentó profundas transformaciones ejecutadas compulsivamente por la dictadura fujimontesinista en función de las políticas neoliberales impuestas, impulsadas y monitoreadas por el FMI y el BM como entidades representativas del imperialismo, primordialmente del norteamericano.

En ese lapso, y en los años subsiguientes, las contradicciones económicas, político-sociales y culturales, inherentes a una sociedad de capitalismo parasitario, deformado y sometido a los designios neocolonialistas de la superpotencia hegemónica, han ido experimentando una creciente agudización con su consiguiente incidencia sobre el movimiento popular, generando otras y sirviendo de base para la emergencia y desarrollo de variados movimientos sociales : aparición de la micro y la pequeña empresas como componentes de una estrategia de supervivencia popular; campos feriales donde se agrupan desempleados que incursionan en la venta y elaboración de productos de todo tipo; clubes de madres, comedores populares y asociaciones de mujeres; multiplicación de los asentamientos humanos carentes de todo tipo de servicios básicos alrededor de los núcleos urbanos; numerosas e institucionalizadas expresiones transculturales en relación con migraciones internas; comités de derechos humanos transformados en focos de comunicación y de conciencia social; movimientos de defensa y conservación de nuestros recursos naturales y del medio ambiente; frentes regionales para exigir reivindicaciones largamente postergadas y coaliciones para la preservación de la cultura y las tradiciones populares; asociaciones para la defensa del consumidor; comunidades religiosas de base activas en las urbes y extendidas en amplias áreas rurales; agrupaciones étnicas irrumpiendo de modo espontáneo en el escenario político; instituciones democráticas que desarrollan masivamente actividades educativas y artístico-culturales; encuentros de jóvenes y organizaciones de jubilados demandando espacios para el ejercicio de sus derechos; y, en fin, movimientos de defensa de la libertad sexual y del respeto a las diferencias.

Todos estos fenómenos sociales forman parte de la dinámica de masas del pueblo y cada uno de ellos, por su complejidad y sus peculiaridades, es merecedor de un estudio específico y pormenorizado en la perspectiva práctica de su correcto ensamblamiento y adecuada orientación ideológico-política en correspondencia con una estrategia de poder popular. Sin embargo, esta inicial aproximación al estado actual del movimiento popular peruano quiere centrarse fundamentalmente (con las limitaciones que impone el espacio periodístico) en la descripción del impacto que la concretización de la agenda neoliberal ha tenido sobre él y en la crisis de su orientación y conducción concomitante a la crisis histórica de nuestra izquierda, sobre todo en relación con las recientes luchas de masas ocurridas en el país.

La agenda neoliberal

En consonancia con las recomendaciones de la Comisión Trilateral (1975) y a tono con las directivas del llamado Consenso de Washington, la dictadura fujimorista se encargó de efectivizar a partir de 1990 el desmantelamiento del Estado de Bienestar (en crisis desde el velasquismo y en irreversible bancarrota durante el gobierno aprista de García), la acelerada privatización de las empresas públicas entregándolas a precios irrisorios a los monopolios transnacionales, la liberalización del mercado de capitales para beneficiar al capital especulativo foráneo, la “apertura comercial” para liquidar la producción nacional y saturar el mercado interno con productos extranjeros, la “regulación de precios por el mercado” y la privatización de los servicios públicos de salud y educación, así como la eliminación de los subsidios estatales especialmente en el rubro alimentación, con la correspondiente agresión a las masas y el empeoramiento de sus condiciones de vida.

Simultáneamente, la dictadura se empeñó en el “redimensionamiento” del Estado para adecuarlo a las nuevas condiciones históricas de dominación del gran capital imperialista; el reforzamiento del aparato represivo y la militarización de la sociedad para imponer una visión única del “orden social” y facilitar el despliegue de las medidas reaccionarias en la perspectiva de contener y disminuir al mínimo las demandas populares; la desestructuración de las clases productoras vía la “flexibilización laboral” y los despidos masivos de trabajadores; el bloqueo preventivo de cualquier intención de lucha popular mediante la agresión a las organizaciones naturales de masas y la utilización de la “lucha contra el terrorismo” como pretexto para sofocar la conciencia y la acción ciudadanas; y, por consiguiente, la recomposición de la sociedad civil engranada con una corruptora actividad asistencialista desde el Estado, dirigida a los sectores populares más pauperizados y disfrazada de “lucha contra la pobreza”, como recursos para garantizar la hegemonía burguesa y lograr el “consenso pasivo” en la población.

En el plano político, la situación de crisis que venía experimentando el dominio imperialista en el país, expresada como crisis de autoridad o “ingobernabilidad” durante el régimen de García, cambió hacia la “estabilidad política” o “gobernabilidad” mediante el alineamiento coactivo de todos los sectores burgueses bajo un solo mando, el arrinconamiento de los trabajadores, el aplastamiento de las acciones reivindicativas de masas, y la obtención de obediencia y hasta de respaldo en sectores amplios del pueblo asqueados de politiquería criolla y atemorizados por el homicida accionar de Sendero Luminoso. Para ello, bastó con acentuar la carencia de representatividad social de los desacreditados y ya ineficaces partidos de la burguesía (Apra, Acción Popular, Partido Popular Cristiano) y su actividad de clientelaje parlamentario en la atención limitada a ciertas demandas populares, satanizar la “partidocracia” tradicional e imponer la dominancia del partido dictatorial, cercar a los sindicatos, y aislar y sumir en la parálisis a los desconcertados partidos y grupos de izquierda acusándolos de “colusión con el terrorismo” (sin que ello significara dejar de utilizar el oportunismo de algunos de sus cuadros intelectuales para captarlos y hacerlos participar en tareas de gobierno, creando confusión y ganando importantes espacios en los sectores medios y populares). Y con la consecución del control casi total sobre los medios de difusión se aseguró la promoción de la apatía política y el “apoliticismo”, el fomento del conformismo, la generación de ilusiones y la desinformación y la manipulación de amplios sectores ciudadanos, así como la puesta en marcha de vastos “operativos

psicosociales” tanto para maquillar la perversidad de las políticas neoliberales cuanto para desvirtuar o desviar cualquier protesta contra las mismas.

En definitiva, durante diez “años de plomo” el conjunto de la sociedad peruana quedó a merced de una camarilla civil-militar que, ejerciendo una férrea dictadura en representación del imperialismo y sus testaferros locales, concretizó avasalladoramente la agenda neoliberal anulando cualquier posibilidad de desarrollo del país y vigorizando su sometimiento a las necesidades del gran capital financiero internacional, destrozando la producción en el agro y en la industria, extendiendo y profundizando la pobreza y la miseria en las masas del pueblo, implantando criminalmente la “paz social” a través del terrorismo de Estado encubierto como “lucha antisubversiva”, borrando prácticamente al conjunto de la izquierda del escenario político, neutralizando y desarticulando el movimiento popular hasta colocarlo en una situación de casi pasividad durante la mayor parte del tiempo de vigencia dictatorial, destruyendo todo tipo de instituciones y acelerando la descomposición del tejido social, sumiendo en el marasmo a la educación y la cultura, promoviendo la lumpenización de la actividad ciudadana y ahondando y agudizando la crisis moral del país, saqueando el erario público y desparramando la corrupción desde el propio aparato estatal a todos los ámbitos de la vida de la nación.

La actividad histórica de la izquierda

La actitud y la conducta política de la izquierda frente a esta gravísima sucesión de hechos y ante la situación del movimiento popular, lo mismo que su actuación en las recientes luchas de masas en el país, resultarían incomprensibles sin una rápida apreciación de su actividad en las épocas precedentes.

En el transcurso de los años '70, los diversos partidos y grupos de izquierda tuvieron una notoria presencia política. Unos apoyando activamente el reformismo burgués de la dictadura militar de Velasco y Morales Bermúdez, y otros oponiéndose en forma revolucionaria a la misma, pero en todo caso persiguiendo cada quien conquistar la hegemonía en el movimiento popular para organizarlo, orientarlo y conducirlo de acuerdo con visiones y proyectos diferenciados. La necesidad de proporcionar explicación y justificación al apoyo o a la oposición al régimen castrense obligó entonces a realizar un esfuerzo por repensar la realidad nacional en las nuevas condiciones sociales, políticas y culturales, conduciendo a un intenso debate y al casi siempre áspero deslinde de posiciones en el seno del pueblo. En el curso de los mismos, pese a manejarse con esquemas teóricos dogmáticos y con actitudes sectarias, el sector marxista revolucionario de la izquierda (y aquí nos referimos en especial al PC del P, PR) estableció y desarrolló un estrecho vínculo con las masas, interpretó correctamente sus aspiraciones y ganó la hegemonía en ellas, ubicándose de hecho a la cabeza del movimiento popular y de sus luchas. Esto se articuló con una limitada preocupación por educar a su propia militancia para formar y promover cuadros calificados (sin conseguirlo en adecuados términos cuantitativos y cualitativos) y con un también insuficiente despliegue de actividades organizativas y educativas entre los trabajadores y el pueblo, como el efectivizado en los comités de reestructuración sindical-clasista, determinadas organizaciones barriales y las universidades populares.

No obstante, la circunstancia de que ese combativo sector marxista se viera obligado por razones de persecución policial y clandestinidad a actuar políticamente no en forma directa, sino principalmente a través de las organizaciones sindicales (donde

descuidó el trabajo educativo, con la consiguiente confusión acerca de la estructura y jerarquía del partido y el sindicato, y de los roles diferenciados que cada uno cumple), implicó la recepción de una influencia deformante que potenció más los elementos economicistas y espontaneístas ya existentes con vigor en su concepción ideológico-política (lo mismo que en la de todos los otros componentes de la izquierda), los que a su vez retornaron a las masas de manera más elaborada y sistematizada para enraizarse más profundamente en ellas. Con esto, resultó notablemente reforzado el criterio de que el partido existe en función de los sindicatos o de organismos similares para apuntalarlos y marchar tras de ellos, y no para afirmar su presencia y su vigencia como estado mayor revolucionario en la lucha por la conquista del poder popular. Tal criterio se convertiría, en la situación concreta y hacia adelante, en factor pregnante esencial en todas las actividades de la izquierda, particularmente de la revolucionaria, y este fenómeno tendría graves y casi incalculables repercusiones en los años subsiguientes.

Aquí conviene recordar que “no siempre es el economicismo contrario a la acción política y al partido político, aunque éste se considera mero organismo educativo de tipo sindical”; que “el sindicalismo teórico ... se deriva en realidad de las doctrinas económicas del libre cambio, o sea del liberalismo en último análisis”; y que **“en la medida en que se refiere a un grupo subalterno ... impide ... que llegue a ser jamás dominante, que se desarrolle más allá de la fase económico-corporativa para alzarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y de dominio en el Estado”**. Esto se debe a que “en el movimiento del sindicalismo teórico ... la independencia y la autonomía del grupo subalterno, que se pretende expresar, se sacrifican, en cambio, a la hegemonía intelectual del grupo dominante, porque precisamente el sindicalismo teórico no es sino un aspecto del liberalismo económico, justificado con algunas afirmaciones mutiladas y, por tanto, trivializadas de la filosofía de la práctica. ¿Por qué y cómo se produce ese sacrificio?. Se excluye la transformación del grupo subordinado en grupo dominante ya porque el problema no se plantea siquiera ..., ya porque se presenta en formas incongruentes e ineficaces (tendencias socialdemócratas en general), ya porque se afirma el salto inmediato desde el régimen de los grupos hasta el de la perfecta igualdad y de la economía sindical” (1).

Es posible que en la situación histórico-concreta de lucha contra la dictadura militar estas claras indicaciones gramscianas no fueran tomadas en cuenta por debilidades ideológicas y limitaciones teórico-cognoscitivas, o por razones de otro orden. Pero en todo caso, aunque ello no impidió que el empuje del movimiento popular y de su vanguardia política obligara a los gobernantes de facto a retornar a los cuarteles, su desconocimiento u olvido constituyó un elemento de gran peso para posibilitar --unido a otros factores-- que la derecha tradicional capitalizara como convidado de piedra lo conseguido por el combate de las masas. El arraigamiento y la potenciación del economicismo y el espontaneísmo en sus propias filas (acrecentados por el abstencionismo político con su expresión clandestinista y la carencia de suficientes cuadros revolucionarios calificados para promover ampliamente la organización, la movilización y la educación populares cerrándole el paso a la derecha) impidieron a la vanguardia política pensar y actuar con efectiva y permanente vocación de poder. Y ello repercutió negativamente sobre la orientación y la conducción del movimiento popular en el que la hegemonía revolucionaria empezó a erosionarse y a diluirse con relativa rapidez, cediéndole posiciones a un estrecho reformismo y confirmando que “las situaciones más favorables pueden invertirse por la debilidad de los cuadros del partido

revolucionario; las consignas sólo sirven para poner en movimiento a las grandes masas y darles la orientación general; pero ¡ay si el partido responsable no ha pensado en la organización práctica de esas masas, en crear una estructura que las discipline y las haga permanentemente fuertes!” (2).

Producido el “retorno a la democracia” merced a la concertación negociada de la dictadura militar con los partidos de la derecha tradicional, el reto para la izquierda revolucionaria era utilizar adecuadamente y con fines claros y específicos todos los espacios (incluyendo el de la acción parlamentaria) ganados por la lucha de masas. Obviamente, esto implicaba tener muy en cuenta que, por ser un medio de conservación del sistema, la democracia burguesa es un escenario concreto de la lucha de clases, no puede ser sacralizada como “democracia en general” y necesita ser desenmascarada y confrontada con la democracia popular en toda circunstancia, precisamente porque ha sido incorporada como fetiche ideológico al “sentido común” del pueblo. Se requería, entonces, reforzar el vínculo con las masas y penetrar cada vez más profundamente en ellas para proporcionarles una correcta orientación y conducción, susceptibles de promover su organización y su acción directa en el escenario social impulsando así su educación desde la práctica concreta, de modo que sacudiéndose del economicismo y del reformismo pudieran adquirir conciencia de su autonomía y de sus propias fuerzas para elevarse a una visión de dimensiones “ético-políticas”, sobre todo teniendo en cuenta la radicalización de los trabajadores y el auge del movimiento popular. Pero, lastimosamente, esto nunca ocurrió : el conjunto de la izquierda (particularmente, su sector revolucionario) sucumbió ante “la hegemonía intelectual del grupo dominante” y, dejando de lado cualquier consideración teórico-política que impidiera confundir medios con fines, aceptó íntegra y acríticamente las reglas de juego de la democracia liberal, perdiéndose en los meandros de la legalidad burguesa, adaptándose a ella y marchando hacia las masas con propósitos casi exclusivamente electorales.

Esta adecuación a las necesidades y a la normatividad ideológico-política del “grupo dominante” constituyó la pauta fundamental de la actividad de la izquierda en la década de los '80 y el factor esencial de su debacle. Con la preocupación centrada principalmente en los afanes electorales, la organización y la educación revolucionarias de las masas fueron olvidadas y el movimiento popular, carente ya en términos globales de una correcta orientación y conducción, siguió estancado en la “fase económico-corporativa” y limitado en lo fundamental a la acción sindical, ejerciendo una presión retroactiva de tipo economicista y espontaneísta sobre los partidos y grupos de izquierda. Por eso, incluso logros políticos y organizativos muy importantes, como los frentes de defensa de los intereses del pueblo, las asambleas populares y la autodefensa de masas en calidad de expresiones de democracia directa, fueron desvirtuándose paulatinamente por falta de dirección revolucionaria, siendo hegemonizados en muchos casos por elementos y sectores reformistas de la pequeña burguesía o por representantes de las burguesías regionales y, llegado el caso, caricaturizados por la propia izquierda y hasta utilizados por la reacción para actuar contra los grupos alzados en armas (como ocurrió con las rondas campesinas en diversos lugares del país).

Por otro lado, las vergonzosas disputas entre los partidos y grupos por ganar posiciones electorales, llevadas casi hasta el paroxismo cuando se unificaron en Izquierda Unida; la ineptitud política e intelectual y la soberbia de la mayoría de sus representantes parlamentarios, que para asegurarse “seguidores” no vacilaron en apelar a los métodos y estilos de clientelaje utilizados por los politiqueros de la burguesía; y la

descomposición moral y la notoria corrupción de numerosos cuadros elegidos para cargos municipales; fueron generando y extendiendo en sectores amplios de masas posiciones escépticas y negativistas traducidas en la cada vez mayor ausencia de sintonía entre el movimiento popular y la izquierda y en el creciente desprestigio de ésta. Y con la irrupción y el avance de SL no sólo existió despreocupación para realizar un deslinde claro, terminante y a tiempo con su concepción metafísica, dogmática y voluntarista y sus acciones violentistas y provocadoras, sino que grupos y elementos oportunistas incluidos en IU coquetearon irresponsablemente con el senderismo hasta el punto de pretender justificar su propio aventurerismo con estulticias “teóricas”, como el de la famosa “trenza” (“unidad” de la izquierda legal, los sindicatos y SL), introduciéndose así un nuevo factor de confusión que aceleró la desarticulación del movimiento popular. Todo esto fue aprovechado con habilidad en su momento por la dictadura fujimorista para conseguir descalificar más a la izquierda, aislándola y condenándola a la inoperancia.

Para agravar las cosas, la ofensiva global del neoliberalismo cayó como un rayo sobre una izquierda crecientemente desvinculada de las masas y de sus reales aspiraciones; que había perdido de vista el problema del poder y se debilitó en ansiosos y vanos esfuerzos por llegar a ser gobierno, ganando circunstanciales votos y perdiendo conciencias permanentes en el campo popular; con partidos y grupos intelectualmente perezosos por haber despreciado la investigación y el trabajo teórico (y, por tanto, muy mal pertrechados ideológica, política y culturalmente), que además ya sufrían agudos problemas internos debido al éxodo en aumento de cuadros y militantes marginados por su espíritu crítico, asfixiados por el centralismo burocrático o decepcionados de sus dirigencias; y, para peor, con el grueso de sus sectores desalentados y desmoralizados por el naufragio del “socialismo realmente existente” en el este europeo. Dividida por la liquidación de IU, sin base social sólida, rechazada incluso electoralmente por las masas y carente de alternativas políticas, promovió en su conjunto --de modo seguidista y como “mal menor”-- el voto popular en segunda vuelta por Fujimori en 1990, con todos los riesgos que ello implicaba; y ante la puesta en práctica de la agenda neoliberal permaneció impasible, aceptando de hecho la terrible agresión contra los trabajadores y el pueblo. La mala conciencia por ese apoyo al “mal menor” y por su propia pasividad, así como la caotización del movimiento popular y el hundimiento de la ex Unión Soviética, ahondaron más su crisis, con lo que el golpe de Estado de 1992 y las subsecuentes medidas reaccionarias la condujeron a su total aplanamiento.

Durante los años más difíciles de la dictadura, todos esos partidos y grupos entraron en “hibernación”, mostrándose impotentes para elaborar y concretizar salidas viables a su situación. El venido a menos partido revolucionario, perdidos sus vínculos con la clase obrera y con sectores populares amplios, buscó refugio principalmente en el ámbito sindical del magisterio sin poder impedir la rápida autodestrucción de su estructura orgánica a nivel nacional, quedando reducido a una cúpula con militantes dispersos e inactivos por la ausencia de organización y dirección efectivas. El partido reformista colapsó por completo, tanto por su absoluta dependencia de la desaparecida URSS cuanto debido a las pugnas internas por la sobrevivencia individual o de grupo a través del control de instancias sindicales donde tenía tradicional presencia, y luego de su disolución práctica de él quedó en pie sólo el rótulo. Los demás grupos (sobre todo los emergentes, muy radicalizados y beligerantes, como “nueva izquierda” en los años ’70), sin alcance nacional y conformados por elementos mayoritariamente provenientes de capas administrativas de la burguesía, de estratos pequeñoburgueses acomodados y

de sectores académicos y técnico-profesionales, dejaron de existir sin pena ni gloria : en unos casos, con sus dirigentes y cuadros destacados abjurando públicamente del marxismo, el leninismo y la revolución para hacer profesión de fe “socialista democrática”; y en otros, con sus integrantes acomodándose a las condiciones impuestas por la dictadura bajo el pretexto de “seguir velando por el pueblo” o insertándose en los partidos de la derecha. (3). Así quedó cerrado un ciclo para la izquierda en el país.

El movimiento popular

En el curso del régimen fujimorista, se fue produciendo de modo espontáneo la maduración y la relativamente lenta y aislada emergencia de los movimientos sociales anotados al inicio de este artículo, los que en el último tercio de la dictadura se desarrollaron y extendieron con rapidez, adquiriendo en la mayoría de casos rasgos definidamente antidictatoriales. También en ese lapso terminal, el evidente fracaso de las publicitadas medidas neoliberales, la corrupción del régimen y el empeoramiento sin pausa de las condiciones de vida de las masas fueron despertando la indignación y la protesta en diversos sectores del pueblo que, a pesar de la represión, comenzaron a ganar las calles inarticulada y espontáneamente levantando sus demandas, pero sin rebasar los marcos economicistas. El movimiento popular demostraba una vez más su vitalidad y su capacidad de reactivación espontánea, expresando a través de su propia dinámica la necesidad de superar la dispersión y de dotarse de una correcta orientación y conducción políticas.

Esta necesidad fue percibida por el otrora partido revolucionario que tímidamente, sin haberse despojado del lastre economicista-espontaneísta y siempre a la zaga de las luchas del pueblo, empezó a estimular los movimientos de masas a través de su debilitada presencia en las organizaciones gremiales de maestros y estudiantes universitarios. Por su parte, los partidos tradicionales de la derecha, urgidos por salir del ostracismo y recuperar las prerrogativas perdidas, depusieron sus diferencias formales y buscaron concertar esfuerzos con los nuevos partidos y grupos burgueses (que expresaban los requerimientos tanto de algunos sectores financieros y comerciales ávidos de mayores beneficios, como de capas de industriales y productores agrarios asfixiados por las medidas neoliberales) surgidos durante la campaña electoral de 1995, en la perspectiva de conseguir el apoyo del imperialismo para promover el “retiro ordenado” de la dictadura y asegurar la “gobernabilidad” del país. En el escenario político y social se fue delineando, entonces, una confluencia de fuerzas antidictatoriales radicalmente disímiles en sus intereses y objetivos y, por lo tanto, quedó nuevamente planteado el problema de la hegemonía en el movimiento popular.

En el encaramiento y resolución de este problema en el período concreto, jugó un papel relevante el retorno de los “izquierdistas arrepentidos” e “ideológicamente renovados” a la contienda social.. Luego de la desaparición de sus agrupaciones, sus dirigentes y cuadros intelectuales se habían refugiado en diversas ONG’s, en el ámbito académico privado, en los pocos pero importantes medios de difusión no controlados por la dictadura, en los nuevos partidos de la burguesía y en los de la derecha tradicional, y hasta en el parlamento fujimorista. Desde todos estos lugares, asumieron una postura favorable a la democratización del país entendiendo con claridad la cuestión de la hegemonía en el movimiento popular y desplegaron acciones (particularmente a través de su manejo de las ONG’s) para estrechar sus vínculos con los sectores medios

empobrecidos y los movimientos sociales en desarrollo con miras a influir sobre el conjunto del movimiento del pueblo. Obviamente, su mensaje político estaba sometido a la hegemonía ideológica del neoliberalismo y centrado en la consecución de una “democracia gobernable”, a sabiendas o no de que ésta es la efectivización histórica más conservadora de la democracia liberal por encubrir con suma eficiencia el poder imperialista y la dominación de las masas desde el cuadro institucional. Sin ningún tipo de réplica en el campo popular, difundieron la artificiosa tesis de la contraposición absoluta y sin vínculos dialécticos del Estado y la sociedad civil, ocultando que ésta no es más que la “hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera”, y que “Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada con coacción” (4), colocándose como representantes de una sociedad civil en supuesta e irreductible confrontación con la acción estatal de la dictadura. Su accionar se coordinó con la actividad de los partidos burgueses para conformar un movimiento de pinzas desde la “izquierda” y la derecha que ganó espacios en el movimiento popular sin encontrar resistencias y terminó por hegemonizarlo.

Lamentablemente, sin subsanar sus propias carencias teóricas y limitaciones políticas, y sin realizar un trabajo consistente y sostenido para organizar al pueblo y propiciar su educación revolucionaria, los aspirantes a convertirse en vanguardia de las masas poco o nada pudieron hacer para por lo menos contrarrestar la influencia ideológico-política reaccionaria y reformista sobre el movimiento popular, ni impedir que la lucha de éste fuera utilizada para la consecución de objetivos contrarios a sus necesidades. Carentes de una concepción del Estado como cristalización (con autonomía relativa) de la correlación de fuerzas clasistas existentes en la sociedad y reduciendo su papel al de simple aparato represivo de clase, a la vez que percibiendo las superestructuras de manera economicista como reflejos pasivos y estáticos de la base, no estaban en condiciones de penetrar a fondo en el problema de la dominación y sus necesarias intermediaciones institucionales; ni tampoco de entender “el ejercicio de la dominación (hegemonía) atendiendo a los fenómenos institucionales e ideológicos no sólo como ‘reflejo’ sino como escenarios de la lucha de clases que poseen una fuerza material en la organización de las relaciones de poder” (5). De allí que su limitada participación en las grandes acciones de masas que acabaron por desalojar a una dictadura que además ya no le era útil al imperialismo, resultara fácilmente neutralizada y silenciada por quienes a la postre capitalizarían nuevamente lo conseguido por los esforzados combates del pueblo.

El “gobierno de transición” de Paniagua cambió sólo formalmente las cosas en el país que siguió padeciendo el flagelo neoliberal bajo la modalidad de “fujimorismo sin Fujimori” y el movimiento popular continuó sometido a la hegemonía reaccionario-reformista que promovió una “tregua social”, aunque sin poder impedir las numerosas movilizaciones de trabajadores en procura de reivindicaciones concretas. Los amplios espacios sociales y políticos abiertos con la caída de la dictadura, y por la campaña electoral pocos meses después, quedaron otra vez sin ser adecuadamente aprovechados por la izquierda para impulsar la organización y educación de las masas en perspectiva revolucionaria debido a la ausencia de una vanguardia efectiva. Con la persistencia de notables carencias teóricas, la realidad siguió siendo percibida de manera escotomizada, sin ver dentro de ella la notable presencia institucional y su importancia como factor de cambio. Y bloqueada la comprensión científica de las modificaciones ocurridas en la sociedad, el posible encaramiento de su transformación revolucionaria tenía que quedar anclado en el esfuerzo economicista, en la introducción y difusión de criterios

evolucionistas, y en la marcha a la zaga de los acontecimientos y de las acciones espontáneas de masas, La parálisis política, debida entre otras razones a debilidad ideológica, ha conducido a que el ejercicio de la dominación neoliberal sea cuestionado no en términos históricos, sino sólo en términos actuales, con lo que la democracia burguesa y su “gobernabilidad” sigue apareciendo como “democracia en general” y la estrecha visión de futuro impide utilizar los espacios y la institucionalidad existentes para enraizarse en las masas y avanzar con ellas y a la cabeza de ellas.

Estas deficiencias fueron evidentes hace un año con las espontáneas movilizaciones populares en diversos lugares del país contra la privatización de lo que queda de las empresas estatales, particularmente en Arequipa donde la lucha de los trabajadores y el pueblo no superó la “fase económico-corporativa”, resultando hegemonizada por sectores reformistas, dirigida y conducida por el alcalde de la ciudad y los alcaldes distritales (es decir, por funcionarios públicos) y conciliada con la mediación de la Iglesia, sin que la autodenominada vanguardia política pudiera hacer notar claramente su presencia y destacar su actividad. Lo mismo ocurrió en las acciones de masas de mayo-junio pasados, donde el economicismo y el espontaneísmo han sido la nota dominante. Los reclamos por reivindicaciones inmediatas de los transportistas y de los trabajadores del Poder Judicial y de salud fueron rápidamente neutralizados por el régimen neoliberal de Toledo; pero sus ineptos y torpes representantes no pudieron hacer lo mismo con las exigencias de los maestros y los trabajadores del agro, cuyos intensos combates (también circunscritos al plano gremial) obligaron al gobierno a decretar el estado de emergencia nacional para “restablecer el orden interno” encargando el control de la situación a las fuerzas armadas. Esta medida fue desafiada por los trabajadores y las masas, que se volcaron a las calles en todo el país encabezados por las organizaciones sindicales y sin una clara definición política, propinando aún así una derrota al régimen. Al final, las demandas de los gremios en conflicto fueron negociadas, la combatividad del movimiento popular fue transitoriamente y en lo fundamental “apaciguada”, y la izquierda retornó a la pasividad casi total y al abstencionismo político

Conclusiones

Siguiendo a Gramsci, en nuestras apreciaciones hemos tratado de no dar cabida a una “concepción histórico-política escolástica y académica, para la cual no es real y digno sino el movimiento consciente al ciento por ciento y hasta determinado por un plano trazado previamente con todo detalle o que corresponde (lo cual es lo mismo) a la teoría abstracta”, considerando que los puntos de vista, los sentimientos y las acciones de las masas “son ‘espontáneos’ en el sentido de no debidos a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino formados a través de la experiencia cotidiana iluminada por el sentido común, o sea, por la concepción tradicional popular del mundo, cosa que muy pedestremente se llama ‘instinto’ y no es sino una adquisición histórica también él, sólo que primitivo y elemental”. Este elemento de espontaneidad no puede ser descuidado, ni despreciado : necesita ser “educado, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna”, porque “esta unidad de la ‘espontaneidad’ y la ‘dirección consciente’, o sea, de la ‘disciplina’, es precisamente la acción política real de las clases subalternas en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que pretenden representar a las masas”, pero que no comprenden la necesidad de (o no están interesados en) trabajar

con ellas para que puedan adquirir “una conciencia ‘teorética’ de creadora de valores históricos e institucionales, de fundadora de Estados” (6)

Esta es, justamente, la tarea histórica que tiene que llevar a cabo la vanguardia política real y efectiva que está haciendo falta en el Perú y que los trabajadores y el pueblo exigen para organizarse, educarse en el curso de su propia práctica y encarar la lucha revolucionaria por el poder y la construcción de una nueva sociedad. Como “no se ha concebido el partido como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo, y al cual llegan las masas cuando la situación sea propicia y la cresta de la ola revolucionaria alcance su altura, o bien cuando el centro del partido considere que debe abrir una ofensiva y se incline hasta las masas para estimularlas y llevarlas a la acción” (7), entonces tampoco se llega a comprender que “el partido político de la clase obrera se justifica sólo en la medida en que, centralizando y coordinando enérgicamente la acción proletaria, contrapone un poder revolucionario de hecho al poder legal del Estado burgués y limita la libertad de iniciativa y de maniobra de éste; si el partido no realiza la unidad y la simultaneidad de los esfuerzos, si el partido resulta ser un mero organismo burocrático, sin altura y sin voluntad, la clase obrera tiende instintivamente a constituir otro partido y se desplaza hacia las tendencias anarquistas, las cuales se dedican precisamente siempre a criticar ásperamente la centralización y el funcionamiento de los partidos políticos” (8), sin atinar a nada más que eso.

En las actuales condiciones de adaptación de la izquierda peruana, sobre todo de la otrora revolucionaria, a la hegemonía burguesa, resulta sumamente dificultoso advertir signos objetivos de la rectificación ideológica y política imprescindible para salir del empantanamiento y avanzar. No obstante, nunca hay que cerrarle el paso a la esperanza, por débil que pudiera ser. Y, en todo caso, hay que recordar siempre las lecciones de la historia : gracias a su propia dinámica, las masas van desechando todo aquello que no les resulta funcional para sus propósitos de liberación social y cultural y, oportunamente, crean sus propias vanguardias políticas para afrontar el reto de transformar el mundo en correspondencia con sus necesidades e intereses.

Lima, Agosto, 2003.

Notas

- (1) **Gramsci, A.** (1981) : “Algunos aspectos teóricos y prácticos del ‘economicismo’ “, en “Cuadernos de la cárcel”. Edición crítica del Instituto Gramsci, a cargo de Valentino Gerratana. Era, México, t. V, pp. 40 y ss.
- (2) **Gramsci, A.** (1980) : “El programa de L’Ordine Nuovo”, en “Antología”. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Siglo XXI, México, p. 161
- (3) Estas conductas sirven como demostración de uno de los aspectos del “transformismo” señalado por **Gramsci** : “La burguesía no consigue educar a sus jóvenes (lucha de generaciones); los jóvenes se dejan entonces atraer culturalmente por los obreros y hasta intentan o consiguen convertirse en jefes de los obreros (lo cual es un deseo ‘inconsciente’ de realizar la hegemonía de su clase sobre el

pueblo); pero en las crisis históricas vuelven al redil” (“El movimiento socialista”, en “Antología”, ed. cit., p. 315). En efecto, muchos de esos elementos se desempeñaron como ministros, altos funcionarios o asesores en el “gobierno de transición” de Paniagua, cumpliendo luego la misma función en el régimen de Toledo.

- (4) **Gramsci, A.** (1981) : “La sociedad civil” y “Estado gendarme-vigilante nocturno”, en “Cuadernos de la cárcel”, ed. cit., t. III, pp. 28 y 76
- (5) **Stolowicz, B.** (2001) : “Democracia gobernable : instrumentalismo conservador”, en Cuadernos de Nuestra América, Vol. XIV, N° 28, julio-diciembre, La Habana
- (6) **Gramsci, A.** (1981) : “Espontaneidad y dirección consciente”, en “Cuadernos de la cárcel”, ed. cit., t. II, pp. 51 y ss.
- (7) **Gramsci, A.** (1980) : “Carta a Togliatti, Terracini y otros”, en “Antología”, ed. cit., p. 144
- (8) **Gramsci, A.** (1980) : “Por una renovación del Partido Socialista”, en “Antología”, ed. cit. , p. 74